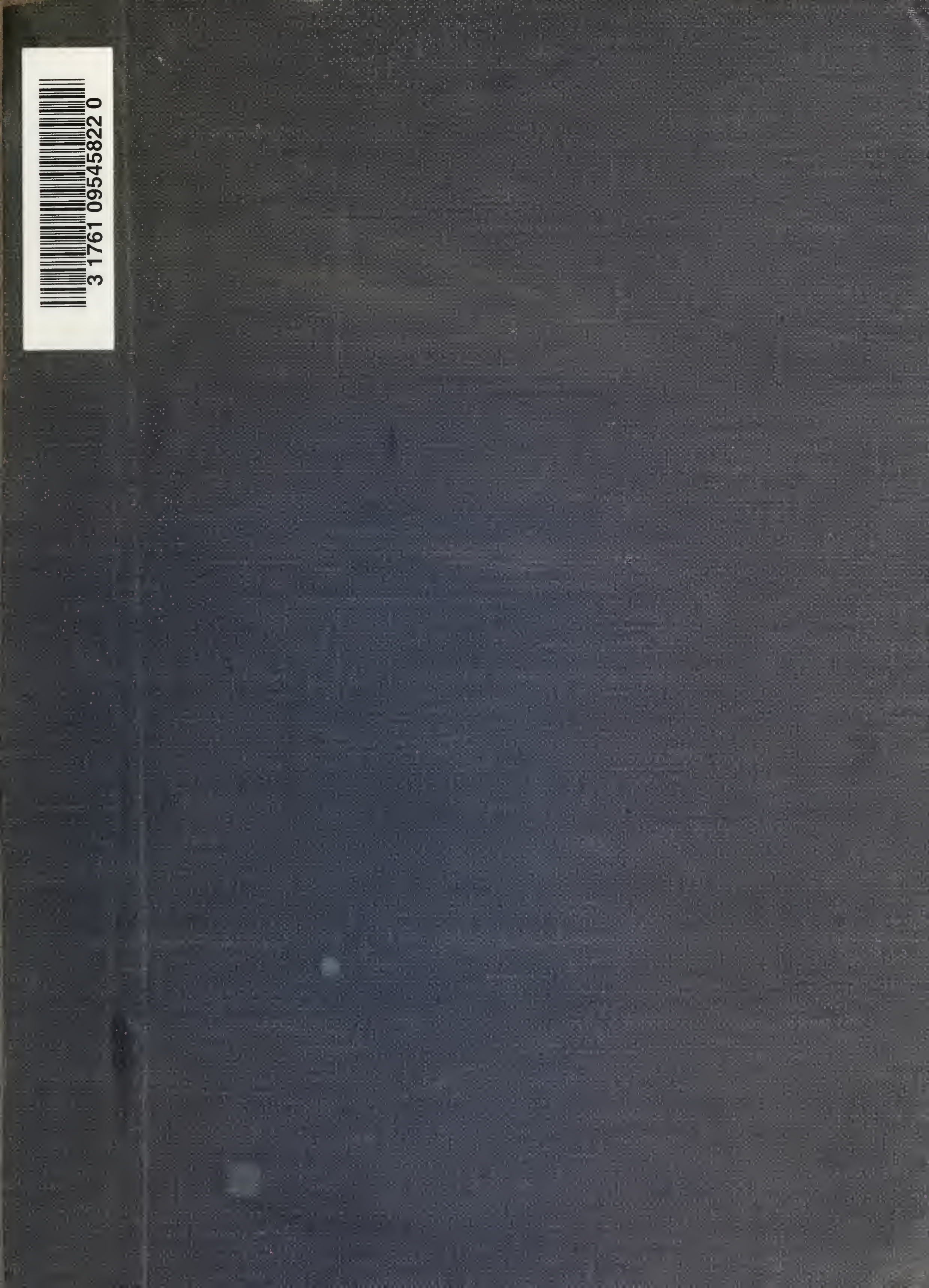


RATOS PERDIDOS

Tirada de cien ejemplares.

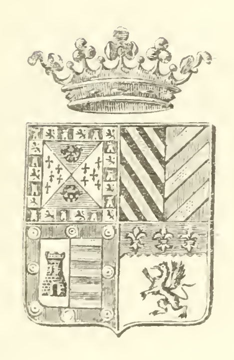
Ejemplar núm. 11

RATOS PERDIDOS

POESÍAS ORIGINALES

DE

JOSÉ M.ª DE ORTEGA MOREJÓN



SEVILLA
Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1
1897

Al Excmo. Sr. D. MANUEL PÉREZ DE GUZMÁN Y BOZA, Marqués de Jerez de los Caballeros, en prueba de agradecimiento, por la publicación de este libro, de cariñosa amistad y de admiración sincera.

EL AUTOR.



LA ENREDADERA

Á LA EXCMA. SRA. DUQUESA DE ALMODÓVAR DEL RÍO

I

En el humilde lugar
Donde mi madre reposa
Tengo una torre ruinosa
Que no se quiere arruinar.
Nunca la pude mirar
Sin emoción ni respeto,
Que, sobre el peñón escueto
Donde se levanta erguida,
De otra edad desvanecida
Me parece el esqueleto.

De sus viejos murallones,
Que se miran en un lago,
Cuelga el triste jaramago
Que azotan los aquilones;
En sus anchos torreones
Ya no hay almenas ni ojivas,
Y entre sus grietas, cautivas
Por aquel gigante inerte,
Escándalo de la muerte
Florecen las siempre-vivas.

Pero en el patio de honor,
El patio en el cual un día
Belicosa formaría
La mesnada del señor,
Como un idilio de amor,
Bajo la espléndida luz
Del claro cielo andaluz,
Que en sus hojas reverbera,
Una hermosa enredadera
Trepa y se abraza á una cruz.

¡Cuántas veces, en invierno,
Junto al hogar apacible,
Oyendo del mar movible
El ir y venir eterno,
Con afán sencillo y tierno,
Una vez tras otra vez,
Escuché con avidez
La leyenda, triste y santa,
De esa cruz y de esa planta
Testigos de mi niñez!...

¡Y cuántas, al ver ceñida
Por la verde enredadera
Aquella cruz de madera
Vacilante y carcomida,
Mientras la noche, vencida,
Plegaba el manto sombrío,
Yo, con mudo desvarío,
Mezclaba en las tristes flores
Lágrimas de mis dolores
Á lágrimas del rocío!...

¡Cuántas!... Quiero recordarlo
Para que el tiempo que fué,

Si no venturas, me dé
La gloria de no olvidarlo.
¡Luz!... ¡Garcés! al evocarlo
No profano vuestro amor:
Siento el mismo torcedor
Que vuestras historias llena,
Y quiero calmar mi pena
Cantando vuestro dolor!...

II

Viejo salón; ancho hogar
Donde la llama serpea;
Un paje que deletrea
En códice singular;
El Conde en alto sillón;
Su hija Luz muy cerca de él
Y concediendo al doncel
Indiferente atención.
Grupo, en que duermen ó rezan
Las dueñas, mientras refieren
Glorias los héroes que mueren
Á los soldados que empiezan;
Armaduras en que dan
De las llamas los reflejos,
Ancho balcón, y el mar lejos
Contestando al huracán;
Tal es, en mi fantasía,
El principio de esa historia
Que aún embarga mi memoria
Con tenaz melancolía.
Era el Conde un caballero
De alta prez y rico en oro,
Constante azote del moro,

2

Mas envanecido y fiero.
  Su capricho era su ley,
Su soberbia desmedida...
Juzgaba un pesar la vida
Y un Conde más rico al Rey;
  Y al levantar sus banderas,
Tras paces mal ajustadas,
Al paso de sus mesnadas
Se borraban las fronteras.
  Pero tenía un amor
Guardado con ansia loca:
¡Que en los huecos de la roca
También arraiga la flor!...
  Y era el inmenso, el bendito
Que por su hija sentía;
Amor que, aunque en él latía,
Rebosaba en lo infinito.
  Á su influjo soberano
Todo á sus ojos brillaba,
Porque cuando Luz besaba
La ancha frente del anciano
  Fundía en su pensamiento
Y en su alma tantos fulgores,
Que en inmensos resplandores
Se incendiaba el firmamento;
  Y, unidos, asemejaba
Su unión misterioso alarde
De unir la luz de la tarde
Con la luz que despertaba...
  Era Luz angelical,
Tez de nácar, rosa y nieve;
Ojos azules, pie breve;
¡Un ensueño, un ideal!
  Cabello rubio que, suelto,
Sobre su espalda caía

Y, avaricioso, escondía
El talle fino y esbelto;
  Y, para perpetua calma,
Tan primorosa envoltura
Era la cárcel obscura
Donde dormía su alma:
  Que era su inocencia tal,
Y su candor tan profundo,
Que ella compendiaba el mundo
En su castillo feudal;
  Y aunque con ansia divina,
É inexplicables antojos,
Á veces sintió en sus ojos
Una perla cristalina,
  Dios, y su padre, y su hogar
Eran su única afición,
Y su mejor diversión
Las consejas del lugar;
  Hasta que aquella velada
En que principia mi cuento,
Entre el silbido del viento,
Oyóse una campanada.
  Mandó el Conde á ver quién era
Y ordenó darle hospedaje;
Dejó su lectura el paje,
Reavivó la roja hoguera,
  Luz acercóse al balcón,
Las dueñas se santiguaron,
Y los hombres se agolparon
Á la puerta del salón.
  Abrió paso, al fin, la gente,
Y entre algunos servidores
Se presentó á los señores
Arrogante adolescente.
  En su vestido morado

Claramente se mostraba
Que no era el que lo llevaba
Ni malsín ni potentado;
  Que, aunque perdido el color,
Decía el hábito aquel
Que la sangre del doncel
Era sangre de señor.
  —¿Quién eres?—le dijo el Conde.
—Ramiro Garcés.
                    —¿Qué tienes?
—Fatiga.
          —¿De dónde vienes?
—De lejos.
          —¿Vas?
                    —¡No sé á dónde!
  —¿Por qué llamaste al castillo?
—Porque fuera empresa necia,
Cuando la tormenta arrecia
Y ciega el rápido brillo
  Del relámpago, seguir
Ignorado derrotero,
Y, aun siendo infeliz, no quiero,
Ni me conviene morir.
  —¿Eres juglar?
                    —Nó, señor.
—¿Sabes de trovas?
                    —Nó, á fe;
¡Tan sólo mi historia sé,
Y esa es mi trova mejor!
  —¿La dirás?
                    —¡Como gustéis!
—¿No quieres yantar?
                    —¡Más tarde!
—¡Empieza!
          —Padre, que aguarde,

—Exclamó Luz.—No empecéis:
Siéntese junto al hogar,
Nosotros le cercaremos
Y, de esa manera, oiremos
Mejor lo que va á contar.—
Garcés ansioso miró
Hacia Luz; quedó embebido,
Y ella, el color encendido,
Los claros ojos bajó,
Y en aquel mismo momento,
Por atracción misteriosa,
Garcés se dijo:—¡Qué hermosa!
Y Luz murmuró:—¿Qué siento?

III

Conservo en la memoria,
Y entre confusos velos,
De un tiempo más dichoso
El plácido esplendor;
Vislumbro una morada,
Mansión de mis abuelos,
Y parques de altos álamos
Creciendo en derredor.

Recuerdo que en las horas
De paz y de alegría
Mi madre me arrullaba
Con santa languidez,
Y que en su casto seno
Tranquilo me adormía
Con esa paz sublime
Que engendra la niñez.

Recuerdo que una noche,
Tras espantoso asalto,
Vencieron á los nuestros,
Cansados de matar,
Y que un soldado antiguo,
De aliento y fuerzas falto,
Para salvarme sólo
Dejó de pelear.

¿Después?... Después mi vida
Ha sido solamente
Incertidumbre y llanto,
Miseria y padecer;
¡Mi compañía... el cielo
De nuestra patria ardiente,
Y, en mísera cabaña,
Más mísera mujer!

¿Quién soy? ¡No sé! Mi nombre
Dijeron pocas veces;
Á quién le debo ignoro
La pena de vivir:
Mas sé que apuro el cáliz
Del mal hasta las heces,
Y sé que quiero un nombre,
¡Y lo he de conseguir!

¡Quédese allá la casa
Con la mujer aquélla;
No he de olvidarlas nunca,
Que agradecer es ley:
Pero en Castilla hay huestes,
Y se combate en ella,
Y yo al combate acudo
Por Dios y por mi Rey!

Calló Garcés, y fijando
En él su dura mirada
El Conde, tras un instante
Dijo así, con grave pausa:
—Si es que sientes lo que dices,
Y lo sientes como hablas,
No es menester que á Castilla
Rijas la insegura planta.
Viejo soy, mas mi mandoble
No en la panoplia descansa,
Que aún hay moros fronterizos
Y aún me acuden mis mesnadas.
¿Quieres quedarte, mancebo?
—¡Señor!—exclamó entre lágrimas
Ramiro,—mi gratitud
Rebosando está del alma.
¿Si quiero? ¡Dios se lo pague
Dándole gloria tan alta,
Que ni el mundo la conciba
Ni podáis imaginarla!
Y así diciendo al anciano,
De hinojos puesto á sus plantas,
Besó su mano rugosa,
Miró á Luz transfigurada,
Y á ocultar sus sentimientos
Fué á un ángulo de la sala.

IV

Por inexplicable acaso,
Ó por curioso interés,
Que la verdad no hace al caso,
Un día encontróse al paso

De Luz el pobre Garcés.
  La niña, al verle llegar,
Se sintió tan conmovida
Por tan nuevo malestar,
Que, agitada y encendida,
Sólo acertó á suspirar;
  Y él, entre congojas mil,
Ante aquella flor de Abril,
Si un ángel puede ser flor,
Dejó asomar el rubor
Á su rostro varonil;
  Y con esa voz callada
Como el último gemido
Del céfiro en la enramada,
Y poniendo en la mirada
Un fuego desconocido,
  Luz, hablando con Garcés,
Por encontrárselo al paso,
Ó por curioso interés,
Que la verdad no hace al caso,
Se dijo:—¡Qué hermoso es!
  Y él, exento de temor,
Sintiéndose revivir
Libre de angustia y dolor,
Exclamó:—¡Quiero morir
Si esta dicha no es amor!
  Y, por fin, libres de enojos,
Aunque con esos sonrojos
Que no destruyen la calma,
Los dos pusieron el alma
En las niñas de sus ojos,
  Y sin saberlo los dos
Sus almas una formaron,
Y del porvenir en pos
Una gloria se forjaron

Á imagen de la de Dios.

Era una tarde serena:
Entre la espesura amena
El céfiro se mecía,
Y el mar tranquilo moría
Contra sus muros de arena.
Sonaban lánguidamente
Dulcísimas barcarolas,
Y en un crepúsculo ardiente
El sol hundía su frente
Tras la cresta de las olas.
Luz y Garcés contemplaban,
Nunca cansados de verlas,
Las olas que murmuraban
Y que su furia trocaban
En rizoso hervor de perlas;
Y un día tras otro día,
Avaros de su alegría,
Dando al amor vasallaje
Frente al diáfano paisaje
Que á sus ojos se extendía;
Cuando arrulla el blando viento
Con indefinible acento
En la floresta cercana,
Y en átomos de oro y grana
Trueca el sol al firmamento,
Y va el ave á reposar,
Y en las tempranas corolas
Besa el sol al expirar,
Y gimen algo las olas
Que empuja y recoge el mar,
Los dos amantes soñaban,
Y en los purísimos sueños
Que en su pecho acariciaban

Cielo y tierra y mar juzgaban
Miserables y pequeños.
¡Que al lado de su alegría
Era sombra el claro día,
Y la noche silenciosa
En torrentes de oro y rosa
Sus tinieblas convertía!
Y así decía Garcés
Á la niña enamorada:
«Luz de mis ojos, ¿no ves
Que te llevo en la mirada,
Aunque á mi lado no estés?
»Nacido para llorar,
Crecí bajo extraño abrigo
Y junto á prestado hogar,
Y sin tener un amigo
Á quien poderme llegar.
»Apuré tantos dolores,
Sospeché tantas vilezas,
Que en mis instantes mejores
Sólo vi marchitas flores
Entre punzantes malezas.
»¿Llamó á mi madre el Señor?
Pues le debo agradecer
Tal duelo como un favor...
¡Que es el único dolor
Que ya no puedo temer!
»Fuí confiado y leal,
Y lealtad y confianza
Se hundieron, para mi mal,
En el desierto erial
De un mundo sin esperanza...
»Pero al verte ¡vida mía!,
Sentí tan dulce consuelo,
Que huyó mi ansiedad impía

Y comprendí que aún vivía
Y que hay alguien tras el Cielo!
»¡Sí, mi amor!, hora tras hora
Aguardo con ansia ardiente,
Que me abruma y me devora,
Que salga á luchar tu gente
Contra la falange mora;
»Porque al ir tras tu bandera,
Llevando como seguro
Que tu cariño me espera
Tras el almenado muro
Donde está mi vida entera,
»¡Tan bravo he de combatir
En contra de los infieles,
Que he de poder, al venir,
Tus miradas resistir
Envuelto entre mis laureles!»
Y la niña le escuchaba,
Y el alma transparentaba
En sus azules pupilas,
Y así las horas tranquilas
Raudo el tiempo se llevaba;
Que, por extraño poder,
Rinden al dolor tributos
Las ráfagas de placer,
Y huyen, para no volver,
En horas que son minutos,
Mientras dejan en la huída
Tan ancho campo al pesar,
Que una pena, bien sentida,
Gasta un instante en llegar
Y acaba luego una vida.

V

Llegó, por fin, un crepúsculo
Que lo fué de tanto amor;
Brillaba entre pardas nubes
Triste y moribundo el sol,
Y las hojas macilentas
Que el mes de Mayo engendró
Temblaban, abarquilladas,
Con funerario color,
Y caían, columpiándose,
Al soplo del Aquilón,
Que, en remolinos de polvo,
Se las llevaba veloz.
Todo dentro del castillo
Ardía en animación,
Que al brillar la nueva aurora
Iba á partir el Señor.
Como el moro fronterizo
Las treguas no respetó,
Don Fernán quiere mostrarle
Que tuvo, al no hacerlo, error,
Y que injurias que recibe
En su nombre ó su blasón
Las obscurece con sangre
Del vil que los afrentó.
Chocan los hierros cubriendo
Con su peso abrumador
Caballeros y caballos
En extraña confusión;
Gritan unos en el patio,
Suena mandando una voz,

Retumba una carcajada,
Se principia una canción,
Y los corceles relinchan,
Y redobla un atambor,
Y hay murmullos, y reniegos,
Y gritos de admiración,
Y maldiciones al moro,
Y peticiones á Dios!...
Allí muda, inmóvil, triste,
Estatua de la aflicción,
Luz contempla la mesnada
Desde el alto corredor.
Con ella sale su padre,
Que tantas veces salió,
Y á quien aguardó dichosa
Al regresar vencedor;
Pero ahora se va también
La paz de su corazón
Y, con ella, el alma entera,
Que entera á Garcés la dió.
Él arde en ansias de gloria,
Ella tiembla por su amor,
Y el Conde, que muchas veces
Sorprender citas creyó,
Es para Luz y Garcés
Un abismo entre los dos.
Vibra el clarín en los aires;
Se acaba la formación;
Monta el Conde en su caballo,
Que iracundo refrenó,
Vuelve á mirar á su hija,
Que en el alto mirador
Con un blanco pañizuelo
Les hace señas de «adiós»;
Llama á Garcés con voz dura,

Poniendo el alma en la voz,
Y, cuando en nubes de polvo
La mesnada se perdió,
Y aún Luz seguía mirando
Con extático dolor,
En las anchuras del cielo
La mañana alboreó.

VI

¡Qué tristes son los días
Cuando el placer perdido
En alas del recuerdo
Nos viene á visitar!...
¡De qué manera agobian
Al corazón ya herido!...
¡De qué manera pasan,
Matándole al pasar!...

La luz de los espacios
Ofende porque alumbra
De nuestra triste vida
El rudo sinsabor;
Y la callada noche
Aun más apesadumbra,
Pues se agiganta en ella
La sombra del dolor!...

Mas si con tenue brillo
Sonríe en lontananza
La diáfana hermosura
De un rayo de placer,

¡Cómo el afán devora!
¡Qué inquieta es la esperanza!
¡Qué perezoso el tiempo!
¡Qué hermoso envejecer!...

¡Oh tiempo inexplicable
Por lo fugaz ó largo!
La vida que te llevas
Es vida que nos das.
Mas ¡ay de aquel que llora
En aislamiento amargo,
Y sabe que sus dichas
No han de volver jamás!

¡Para ese no habrá nunca
Ni brillo en la alborada,
Ni encanto en los verjeles,
Ni calma en derredor!
¡Para ese no habrá dicha
Sino en la fe pasada,
Ó en las piadosas dudas
De su escondido amor!

Y para Luz, la niña
Enamorada y buena,
No guarda sus halagos
El hondo porvenir:
¡Al pie del alto monte
Ronco clarín resuena,
Y, pálido y sombrío,
Se ve á Garcés subir!

VII

Deja, ¡mi bien!, que extático te mire;
Quiero impregnar la luz de mi mirada
En tu casta hermosura.
¡Ya vuelve tu mesnada,
Mas no vuelve á mi pecho la ventura!
Llega tu padre; ni empuñó siquiera
La espada vengadora:
¡Huyó cobarde la falange mora
Al divisar la cruz de su bandera!
Yo buscaba la muerte
Ó el glorioso laurel que otros ciñeron,
Mas muerte y gloria á mi presencia huyeron
Sin dejarme morir ni merecerte.
¡Ya basta de esperanzas ideales!
La realidad con descarnada mano
Me devuelve á sus yertos arenales...
Quiero cruzar por ellos
Al oasis feliz de mi ventura,
Que iluminan los plácidos destellos
De mi inmensa pasión y tu ternura,
Y al cabo volveré, de amor rendido,
Á poner á tus plantas, ¡Luz hermosa!,
Cuanto gane mi espada;
Grande seré, te llamaré mi esposa
Y entonces, en mi seno reclinada,
Sabrás que si hoy te huyo
Es en fuerza de amarte, ¡vida mía!,
Y que este corazón, que sólo es tuyo,
Aunque le odiases tú, te adoraría.
¿Qué me dices? La duda

En mí despierta al contemplarte muda.
Si no sientes el fuego que me inflama,
Dímelo, por piedad, que estoy pensando
Que es triste condición la de quien ama:
¡Vivir muriendo y disfrutar dudando!
—Nó, Garcés,—con dulzura
Le dijo Luz,—te quiero
Como deben amar allá en la altura
Los ángeles á Dios; como yo espero
Que me ames tú mientras conserves vida.
La pena de escucharte
Un punto me turbó; ya estoy serena
Y ya puedes gozarte
En añadir martirios á mi pena.
¿Qué dices de alejarte?
¿Qué de volver? ¡Oh! ¡Nó! ¡Lo habré soñado!
¡Tú no puedes, bien mío,
Matar un corazón que has despertado!
¿No lees en mis pupilas
Algo siquiera de mi amor inmenso,
De este amor que bendigo,
Y que no sé decir como lo pienso,
Pues pienso mucho más de lo que digo?
—¿Pensaste en mí, Luz mía?
¿Pensaste en tu Garcés? ¡Ay, cuántas veces
Tu imagen asaltó mi fantasía!
¡Cuántas te vi más pura y más hermosa
Que el sonrosado alborear del día!
—Y yo también, Garcés; todo me hablaba
De nuestro santo amor: las nubes rojas
De la callada tarde, los rumores
Del día que despierta,
El continuo susurro de las hojas
Que agita el cierzo, el ondular del lago,
La inmensidad del mar triste y desierta...

¡Y en todo estabas! porque el alma mía,
Esclava de tu imagen y tu acento,
En la luz de mis ojos te ponía
Y en deliquios de amor se adormecía
Cuando tu nombre, que entregaba al viento,
El fatigado viento me volvía.
¿Separarte de mí? ¡Locura insana!
¡Viviremos unidos
Como viven el sol y la mañana,
Las ramas y los nidos!
—Nó, Luz; yo quiero hacerte
Norte de mi esperanza bendecida.
—¿Y si llego á perderte?...
¿Y si mueres, Garcés?...
—¡Prenda querida!,
No temas tú mi muerte
Mientras quiera el Señor guardar tu vida.
Lejos ó cerca, en el combate rudo
Ó en la plácida calma,
Me servirás de escudo.
Llevándote en el alma,
Lucharé con valor, y, victorioso,
Consagraré á tu nombre mi victoria;
En la noche y el día esplendoroso
Pensar en tí me llevará á la gloria;
Y si en mitad del loco desconcierto
De la batalla impía,
Y, luchando por tí, vacilo incierto
Y caigo y muero, entonces, vida mía,
Será cierta señal de que tú has muerto!
¡Aguárdame!, y si acaso
Me llegas á olvidar, y no sucumbo,
Sabe que amante seguiré tu paso,
Y será mi existencia
Tan consagrada á tí, que tus dolores

Juzgará como propios mi ternura,
¡Y que si eres feliz en tus amores
Yo regaré con lágrimas las flores
Que te ofrezcan su aroma y su frescura!
Juro á Dios no quitarme,
Hasta lograr mi anhelo,
Este traje sombrío;
Con él te vi, mi amor, que es ver el cielo;
Con él esclavo soy de tu albedrío:
¡Quiero volver con él hasta tus plantas
Digno de tí y del orgullo mío!
¡Adiós! ¡adiós!...—Y haciendo violencia
Á la niña infeliz, que le detiene,
Envolvió en un suspiro su existencia...
Contuvo el llanto que á sus ojos viene,
Y huyó de su presencia
Como quien miedo de sus ansias tiene.

VIII

Salió Garcés vacilando,
Quedó Luz con sus tristezas,
Quedó el amor en sus almas,
Quedó en sus pechos la pena;
¡Grandes condiciones todas
Para que el amor les venza,
Si el obstáculo no cede
Y el misterio les rodea!
¡Pobre Garcés!... ¡Sólo un punto
El sol rasgó sus tinieblas!
¡Pobre Luz! Apenas visto,
Perdió el Edén con que sueña.
Ya no se dirán á solas

Esperanzas ni ternezas,
Ni haciendo al tiempo su esclavo
No verán que el tiempo vuela.
Tal vez en ello pensaba
La inconsolable doncella,
Cuando, alzándose un tapiz,
Que duras lanzas sujetan,
Entró el Conde, serio y grave,
Y dijo así con firmeza:
—Luz; las hembras de mi raza
No lloran como plebeyas
Ni dejan que un solo instante
Su debilidad las venza.
Vaya en buen hora el villano
Que soñó, para mi mengua,
Con escalar la fortuna
Á costa de la honra nuestra;
Y si vuelve á este castillo,
Ó verte de nuevo intenta,
Le haré juguete del aire
Colgándolo de una almena.
Tú eres cándida y sencilla
Y á ver lo malo no aciertas;
Mas yo, que debo á los años
Y al mundo triste experiencia,
He de velar mientras viva
Por quien mi honra y nombre lleva.
Por mi inflexible mandato
Ramiro Garcés se aleja;
Y de igual modo te ordeno
Que le olvides, aunque tengas
Que arrancarte con su amor
El alma donde le albergas.
Pienso no llegues á tanto,
Que, al fin, en la edad primera

Son las más fuertes pasiones
Olas que la mar engendra,
Y que, aun fingiendo murallas,
En débil muro se quiebran.
Vaya; reposa y no gimas,
Que al ver las brillantes perlas
Que eclipsan la luz de cielo
Que en tus ojos centellea,
Más me afirmo en mis rencores
Y más en mi pecho aumentan.
—¡Dios le guarde, padre mío!—
Dijo Luz confusa y trémula.
Y al verle salir, de nuevo
Dobló la faz macilenta,
Cayó de hinojos, dió un grito
Ahogado, ¡todo un poema!;
¡Y, en tanto, la blanca luna,
Rasgando la obscura niebla,
Como otras veces su dicha
Iluminó sus tristezas
Á través de los pintados
Cristales de las vidrieras!

IX

Nada alivia los dolores
De la triste enamorada;
Abatida y fatigada
Se la suele divisar;
¡Y cuando se encuentra á solas
Recordando sus enojos,
Se atropellan en sus ojos
Las lágrimas del pesar!

Como una flor que se troncha,
Y que al perder su perfume
Palidece y se consume
Y rueda seca, por fin,
Así Luz, al ver perdido
Su amor, que fué su consuelo,
Quiere remontar al Cielo
Sus alas de querubín.

Ve deslizarse las horas
Con indiferencia muda:
Ya en su balcón no saluda
Del sol la primera luz;
Ya no aspira satisfecha,
Y tranquila, y sonriente,
El embalsamado ambiente
Del rico suelo andaluz.

Ya en la noche misteriosa
No encuentra calma ni encantos;
Del bronce los ecos santos
Ya no le hablan de su fe.
¡Que en el jardín y en el templo,
En la poterna y la torre,
No hay ni un eco que le borre
La imagen del que se fué!

¡Garcés! Todo le recuerda
Aquella pasión sublime.
¡En todo su nombre imprime
Con amante terquedad!
¡Allí está el árbol añoso
Donde su nombre grabaron,
Y á cuyo pie reposaron
Con dulce tranquilidad!

Allí el torcido sendero
Que al hondo pueblo conduce;
Mas allá el mar, que reluce
Con palpitante inquietud;
Ésta es la hora en que él llegaba;
Aquélla la en que se vían.,.
¡Y todas las que sentían
Despertar su juventud!

¡Ya todo huyó!... De igual modo
Que huye la blanca neblina
Cuando apenas ilumina
La tierra el aclarecer,
Así huyeron los ensueños
Y las cándidas venturas
De sus ternezas futuras
Y sus ternezas de ayer.

Piensa Luz cada minuto
En Garcés, solo y doliente,
Y la pobre niña siente
Imborrable sinsabor;
Y, á veces, cual llamarada
Que asfixia, rápida y muda,
Suele invadirle la duda
De si olvidará su amor.

Entonces ni aun en la muerte
Piensa que hallará consuelo;
Que ella no quiere ni el Cielo
Si en él no hallase á Garcés.
¡Y menos si en él le hallase
Con otra mujer al lado
Rendido y enamorado
Como le tuvo á sus pies!

Y ni su padre la cuida
Ni ella á su padre se queja,
Pues de su afecto se aleja
Para á sus anchas gemir;
Y, envuelta en su blanca túnica,
Blanco fantasma parece
Que un rayo de luna mece
Y acaricia al relucir.

¿Quién sabe si cuando el día
La luz de la luna apague
Y por los espacios vague
El fulgor crepuscular,
El sol llevará á su centro
Aquel alma acongojada,
Ardiente y enamorada
Y muriendo por amar!

¿Quién sabe? ¡Mas, nó! Su vida
Es su amor, y Garcés llega;
¡Ya empieza á subir la vega
Con renovado poder!
¡La noche cerró! ¿Qué importa?
¡Su pasión y su alegría,
Y su triunfo, harán un día
Y un sol tropical arder!

X

¡Llegaba! Luz, en tanto,
Apoyada en el muro se sostiene;
Cual lágrimas del sol, en las alturas
Las pálidas estrellas aparecen;

Gime el viento, al pasar entre los árboles,
Con fantástica voz, ronca y solemne,
¡Y á través de los vidrios de colores
La triste luz que en el salón se enciende
Aumenta melancólicas tristezas
De la niña infeliz, sola y doliente!
El rumor palpitante de la vida
Desde la aldea hasta el castillo asciende
Envuelto entre las blancas espirales
Del humo que, al brotar de los albergues,
Como incienso al señor de horca y cuchillo,
En los cimientos del castillo muere.
¡Cuán dichoso es Garcés! Menos de un año
Le ha costado triunfar; ¡que tanto puede
La voluntad del hombre, si la impulsan,
Á la par que el desprecio de la muerte,
El amor y la fe, astros eternos
Que en todas las hazañas resplandecen!
¡Miradle allí! Se acerca.
¡Descubre á Luz! ¡Ya puede
Llamarla! ¡Ya le oirá! ¿Será su sombra?
Porque si no es su sombra y no se mueve,
¿Cómo no le ha gritado el alma entera
Que Garcés, ¡su Garcés!, por ella vuelve?
¡Sí; por ella no más! Cuando el cristiano
Arremetió contra el muslín rebelde,
Al estruendoso golpe de los hierros,
Á los gritos de muerte,
Al miedo de morir, ¡á todo junto!
Murmuraba Garcés: ¡Mi amor lo quiere!
¡Un paso atrás deshonra y amargura!
Uno adelante, cuanto el alma sueñe
Ó reposo sin fin... pues ¡adelante!
¡Y fué adelante, y adelante siempre!
Y cumpliendo su voto, sobre el traje,

Que á manchados girones desparece,
Colocó las insignias obtenidas
De las augustas manos de los Reyes.
¿Qué dirán Luz y el Conde al contemplarlas?
¡Cómo sonríe, al sospecharlo, á veces!
Por eso corre, y cruza la poterna;
Por eso grita: ¡Luz!, y Luz revuelve
Con azorada prontitud los ojos,
Y tiembla de placer al conocerle,
Y deja el muro, y á su encuentro corre,
Y en brazos de Garcés se arroja inerte,
¡Que, al envolverla con miradas castas,
Piensa que un ángel en los brazos tiene!
Á poco, con acento indefinible,
Con ese acento tenue
Que no más que del labio enamorado
Con suave harmonía se desprende,
—¡Ramiro!...—murmuró, desfalleciendo
Como rumor de notas que se pierden.
La luna besó el rostro de la niña
Con sus rayos de nácar transparente,
Y, apenas le besó, llena de celos
Corrió en cárdenas nubes á esconderse;
Mas no tan pronto que Garcés no viera
Á su lado la imagen de la muerte
Proyectando su sombra descarnada
Donde su luz los cielos otras veces.
La llamó con ternura;
Sintió en sus ojos lágrimas rebeldes;
La oprimió contra el pecho, como ansiando
Dar al de Luz la vida que no tiene,
Y, al ahogar un sollozo en su garganta,
Con tiernísimo amor besó su frente...
¡Primer beso de amor! ¡El más sublime,
El que no mancha, el que resuena siempre,

El que es sonrisa de ángeles que juegan,
El que le dice al alma que despierte,
Y, nacido en la sombra del misterio,
Lo infinito ilumina y lo embellece!
¡Mas ¡ah!, que el viejo Conde, vigilante
De la niña que muere,
Divisó aquel abrazo y aquel beso,
Y, lleno de furor, como si hubiese
Sentido despertar las energías
De su raza de héroes,
Llegó convulso, desnudó la daga,
Y Garcés á sus plantas rodó inerte!
Dió un grito Luz; la rechazó su padre,
Y, con acento henchido de desdenes,
—Así—la dijo—de mi claro nombre
Borro las manchas que empañarlo intenten.—
Miróle absorta y muda la doncella,
Alzó los brazos trémulos y endebles
Y, al cerrarlos después, en casto abrazo
Á Garcés estrechaban dulcemente.
Quiso el Conde apartarla, blasfemando
De la fatal pasión que le escarnece,
Y en vano fué, ¡pues en unión eterna
Dos corazones enlazó la muerte!...

. . . .

Al otro día, y en igual cortejo,
Y en un féretro mismo, al esconderse
El rojo sol en las revueltas ondas
Del mar, que ruge y que batalla siempre,
El reposo perpetuo de la tumba
En el patio de honor, torvo y doliente,
Dió don Fernán al que murió á sus manos
Y á quien murió como el amor se muere:
¡Lo mismo que una flor cuyo perfume
Unido á otro perfume el aire hiende,

Y en las inmensas bóvedas del cielo
Juega en la luz, y entre la luz se pierde!

XI

Vosotros, los señores del castillo
Que se alza en el picacho de otro monte,
No busquéis á Garcés, último vástago
De vuestra estirpe legendaria y noble.
No le busquéis; la tierra, nuestra madre,
En sus entrañas con placer le acoge
Enlazado, por fuerza irresistible,
Al candoroso amor de sus amores.
Mirad allí: junto á la Cruz bendita,
Aquel anciano, que en sollozos rompe,
Vela su sueño eterno: ¡el primer sueño
Sin angustias, ni dudas, ni aflicciones!
¡Y no le maldigáis! el infelice
Sufrir no puede su amargura doble;
Y besando la Cruz, deshecho en lágrimas,
Le encuentra el día y le hallará la noche.
¡Paz á los muertos!... Quien el alma tiene
Muerta para la paz, y llega al borde
De la lóbrega tumba soportando
En la conciencia pesadumbre enorme,
Y mira al cielo, y en sus astros mira
Centellas de terribles maldiciones,
Y el huracán, y el céfiro, y la sombra,
Y la luz, y los valles, y los bosques,
Le hablan con sorda voz de su delito,
¡Es un muerto sin tumba, que recorre
La tierra de los vivos condenado
Á que el infierno en sus entrañas more!
¡Respetad el dolor que le remuerde!

¡Es tan inmenso, que le llena el orbe
Y que le hizo trocar soberbia y gloria
En murmullo de humildes oraciones!

XII

Así llegó, por último, la hermosa primavera;
Cuajóse en un instante la plácida pradera
De nidos y de flores, de aroma y de color;
Con polvo de oro y ópalo y deslumbrante grana
Marcó su paso el día, riyendo en la mañana
Ó hundiéndose en la sombra con tibio resplandor.

Corrió por monte y llano pletórica la vida;
Trocóse en perlas líquidas la nieve derretida;
Sintiéronse doquiera murmullos de placer,
Y el inmortal idilio del triunfo de las flores
Cantaron escondidos los pardos ruiseñores
En medio de la selva que empieza á renacer.

¿Qué vástagos son esos que al pie de la Cruz santa,
Que en el inmenso patio sombría se levanta,
Con amorosos lazos la empiezan á ceñir?
¿De qué semilla brotan? ¿De dónde los llevaron?
¿Qué sol despertó el germen? ¿En dónde se engendraron
Las flores que principian sus cálices á abrir?

¡Oh misterioso arcano! Las hojas asemejan
Un corazón; sus vástagos, cuando al crecer se alejan
Del tronco que los nutre, se enredan por doquier.
Las flores que listadas de sangre se aparecen,
El blanco y el morado en su corola ofrecen
Á los amantes silfos cuando las van á ver.

¡Ya sé la historia suya! ¡Ya sé por qué han nacido!
Dos corazones muertos su germen han nutrido,
Y le regó la sangre de un pecho varonil.
¡Se enlazan porque saben cómo á su amor ceñía
La enamorada virgen, al ver que le perdía
Tras aguardar su vuelta con ansia juvenil!

¡Oh! ¡Crece, y no te agostes, hermosa enredadera!
¿Quién sabe si en la noche tranquila y placentera
Garcés y Luz acuden á recordar su amor,
Y entre tus hojas funden, con dulce desvarío,
Sus almas, cual se funden dos gotas de rocío
En el pintado cáliz de tu entreabierta flor?...

¿Quién sabe?... Y si eso es sólo delirio de mi mente,
Basta con que entre escombros renazcas floreciente
Trepando por los brazos de la sagrada Cruz,
Para que seas prueba de que el amor bendito
Impera sobre el orbe, rebosa en lo infinito
Y, eterno como el alma, lo inunda con su luz!

Jerez de la Frontera, 1888.

LA GUITARRA

Ya regresaron los mozos
De sus pesadas faenas;
Ya, con el añejo vino,
Restablecieron sus fuerzas,
Y á la puerta de su casa
En corro alegre se sientan.
Á su lado están las mozas
Y, entre las mozas, las viejas
Y algún anciano de aquellos
Que, dando nombre á su tierra,
Mezclaron el contrabando
Á cofradías y á fiestas.
Los que cruzan por la calle,
Si el grupo feliz no aumentan,
Pasan de prisa, con miedo
De bromas ó de indirectas;
Y el aire, que á los naranjos
Roba el perfume que lleva,
Suspiros y carcajadas,
Gritos, murmullos y quejas
Por la retorcida calle
Dilata, pierde y contesta.
De pronto, de la guitarra
Vibran las sonoras cuerdas,

Y en seguida los arpegios
En dulces notas se truecan,
Que, anuncio de los cantares,
Entre la algazara suenan.
Al fin, nacida del alma,
Se oye la canción primera,
Y en el popular concurso
Produce tan honda huella,
Que antes de que se termine
Oles y aplausos resuenan.
—Nadie canta como el Curro—
Dice una moza trigueña
Con más flores en el pelo
Que hilos de ébano en sus trenzas.
—¿Que nó?—replica otra moza,—
Pues, hija, ¿dónde me dejas
Á Juan el banderillero
Y á Perico el de Mairena?—
Y de una en otra pregunta
Donde, sin cesar, campea
Toda la gracia del mundo,
Que es la sal de aquella tierra,
Llegan á inferirse injurias,
Que responden... ó desdeñan.
Para apaciguar los ánimos,
Exaltados con la gresca,
Un viejo de pelo en pecho,
De patillas que blanquean,
Y de nariz que los tintes
Del vino andaluz recuerda,
Alza las manos con pausa
Y dice de esta manera:
—¡Cállense las habladoras!
¿Quién canta mal en mi tierra?
Pero es eso, *mayormente*,

Porque la guitarra lleva
Todo un mundo de poësías
Enredado entre sus cuerdas!
(He de advertir que este anciano,
En su juventud corneta,
Fué portero del Congreso,
Donde aprendió, por las señas,
Á darse tonos de sabio
Y orador de *los que pegan.)*
Pues—añadió—la guitarra
Es una cosa tan vieja,
Que hasta nuestro padre Adán
Dió serenatas con ella.
¡Cuántas veces por las calles,
Silenciosas y desiertas,
Aparece, á su sonido,
Todo un sol tras una reja!
¡Cuántas, en ferias y en rondas,
La alegre algazara aumenta,
Y dos almas se comprenden,
Y se buscan, y se besan!
¡Y cuántas, allá, en mis tiempos,
Tras la batalla sangrienta,
Cuando aún al cielo empañaba
El humo de la pelea,
Sobre el suelo removido,
Á la luz de las estrellas
Y sabiendo que la aurora
Traerá lid y muerte nuevas,
Como rumor de la patria,
Como suspiro que llega
Desde el pecho de una madre
Ansiosa de nuestra vuelta,
Ha sonado la guitarra
Con ternura tan inmensa,

Que el alma, de amor henchida,
Subió á los ojos inquieta,
Creyendo ver á sus ídolos
Junto al hogar de su aldea!
¡Sí! la guitarra española,
¡Porque es solamente nuestra!,
Sabe enamorar amante,
Dulce, persuasiva y tierna,
Y sabe, al ronco estampido
De belicosa contienda,
Para que ignore el contrario
Cómo el español se queja
Cuando el enemigo plomo
Por sus entrañas penetra,
Ocultar ayes de muerte
Con jotas aragonesas.
¡Bendiga Dios á mi patria,
Que tales cosas conserva,
Y bendiga Dios á todos
Los que, como yo, la quieran!
Y así diciendo el buen viejo
Á la absorta concurrencia,
Con el dorso de una mano,
Áspera, carnosa y negra,
Secó los húmedos ojos,
Se arregló bien la chaqueta,
Hizo como que tosía,
Miró amoroso á las hembras,
Y entre mayor algazara
Cantó con dulces cadencias:
«Va en la guitarra española
El alma de nuestra tierra;
Y así, por donde resuene,
Toda la patria compendia.»

SONETO

Á S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Brille, Señor, sobre tu excelsa frente,
El astro de la paz, nunca empañado,
Y la inmortal Iberia del pasado
En tí su gloria y su esplendor aumente.

Que justo, liberal, bravo y prudente,
Legislador te aclamen y soldado,
Y agradezca y bendiga tu reinado,
Con hondo amor, la venidera gente.

Que florezcan, llamándote su amigo,
Ciencias, artes é industrias por doquiera;
Que la cristiana Fe reine contigo;

Que el sueño cumplas de Isabel Primera,
¡Y que Dios dé á los orbes por castigo
El que no los cobije tu bandera!

A LA MARINA ESPAÑOLA

Á S. A. R. LA SERMA. SRA. INFANTA DOÑA PAZ
PRINCESA DE BABIERA

¡Qué tranquilo mar! ¡qué bellas
Las crepusculares brumas!
¡Qué rizadas las espumas
Y qué claras las estrellas!
Lejos de mí las querellas
De la triste humanidad;
Más lejos la tempestad
De su combate sin calma;
¡Recuerda tu origen, alma:
Ahí tienes la inmensidad!

Tiende tu vuelo agitado
Sobre ese mar que murmura;
Desgarra la niebla obscura
Que sepulta lo pasado,
Y si en su fondo ignorado
Descubres con gozo intenso
La Historia española, pienso
Que, de sus triunfos en pos,
Sabrás por qué quiso Dios
Hacer el mar tan inmenso!

¡Sí! Los laureles que encierra
El libro de nuestra historia
Ni caben en la memoria
Ni cupieron en la tierra;
Sonaba de airada guerra
Con ronco fragor el grito,
Y, con esfuerzo inaudito,
Pensó el español llenar
Con sus hazañas el mar,
Trasunto de lo infinito.

No había á su cetro extraña
Ni una flor en la espesura,
Ni una arena en la llanura,
Ni una roca en la montaña:
Todos los ecos «¡España!»
Repetían; libre y sola,
La augusta enseña española
Daba sombra al mundo entero;
¡No faltaba al nombre ibero
Más que un trono en cada ola!

Y, para poderlo alzar,
Sigue de un hombre la idea,
Y, audaz y bravo, franquea
Las turbulencias del mar;
Consigue un mundo arrancar
Al horizonte secreto,
Y entre el oleaje inquieto
Encuentra el pueblo español
Un lauro, un mundo y el sol
Á sus dominios sujeto.

Luego, con esfuerzo santo,
Hace volar sus bajeles

Arrollando á los infieles
En las aguas de Lepanto;
Allí lucha, y lucha tanto,
Que rasga el denso capuz
Que envuelve á la Eterna Luz
En apartadas regiones,
Y les da, con sus pendones,
La libertad y la Cruz.

¿No basta? ¿Existe un poder
Que alce su frente sombría
Y pretenda todavía
Á la tierra conmover?
Allí está España, á vencer
Ó á morir, en Trafalgar;
Allí está, para probar
Que nunca el pueblo que es bravo
Tendrá cadenas de esclavo
Mientras tenga fondo el mar.

Y en el Callao, cuando España
Sólo recuerda su brío;
Cuando ya su poderío
Á lo que ha muerto acompaña;
Cuando ya el sol que la baña
Con trémulos rayos arde,
Aún, con poderoso alarde,
Lanza, á desigual contienda,
No á quien su vida defienda,
Sino á quien su honor resguarde.

¡Miradlo allá, sobre el puente
Del barco, que cabecea;
Ved su vista, que pasea
Sobre el oleaje hirviente;

Escuchad su voz potente,
Que quiere la honra, mejor
Que la vida y que el vapor
Que en el mar sus rumbos traza!
¿Lo veis?... ¡Pues veis nuestra raza,
Idólatra de su honor!

¡Y siempre igual! Donde quiera
Que fuerte ó débil camina,
Allí la ilustre Marina
Hace inmortal su bandera.
La Gloria, su prisionera,
Por donde va la acompaña;
Y, si de hazaña en hazaña
Va volando mi memoria,
¡Todo el libro de la Historia
Será su historia en España!

¡Duerman en el hondo abismo
Cuantos en él expiraron
Y, al morir, un trono alzaron
Al deber y al patriotismo!
El Genio del Heroismo
No puede en la tierra estar,
Si no encuentra, al expirar,
Como en nuestro fértil suelo,
Por alcázar... ¡todo el cielo!
Por sepulcro... ¡todo el mar!

EL BOTIJO

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE JEREZ DE LOS CABALLEROS

Humilde, de pobre barro,
Tal vez nacido en Andújar,
Sudando el agua que encierra
En sus entrañas obscuras,
Azotado por el aire
Que la fresca sombra busca,
Y arrinconado en el patio
De mi mansión andaluza,
Descubro al blanco botijo
Que el puro líquido oculta
Y vive porque le cuidan
Y brilla porque rezuma.
Cuando el ardiente verano
Con rudo fuego deslumbra,
Y amarillean los trigos
Que el aire apenas columpia,
Y en el olivar las tórtolas
Llenas de pereza arrullan,
Y el tardo buey, desuncido,
Echado en los setos rumia,

Y abrasa el sol, y el arroyo
Que la ancha pradera surca,
Sin ramas que le cobijen,
Al agostarse murmura,
Sale el botijo á la vida,
Se le llena y se le apura,
Y, para que viva fresco,
No hay plan á que no se acuda,
Ni tela que no lo envuelva,
Fuerte, blanca, limpia y húmeda.
En el corro que á la noche
Alegremente se junta
Para hablar de cómo *pinta*
El año, de las angustias
Del que no cobra y le cobran
Mil tributos que le abruman,
De caballos y de toros
Que fueron ó que se anuncian,
Y de todo se hace un chiste
Que alegra, entretiene y punza,
El botijo va corriendo
Las manos, una por una,
Y en alto, medio inclinado
Á usanza de Cataluña,
Deja caer fresco chorro,
Que se retuerce y susurra
Y da vigor á quien habla
Y paciencia á quien escucha.
Luego, cuando está en silencio
La calle, y brilla la luna
Cual joyel de blanco nácar
Que en manto azul se dibuja,
Y está el botijo en la reja
Donde es seguro que acudan
La muchacha de ojos negros

Que, al tiempo que matan, curan,
Y el mozo que en ella tiene
Puesta el alma, que fué suya,
Oirá todas las ternezas,
Los celos y las disputas
De los dos enamorados,
Que serlo por siempre juran.
Y... ¿quién sabe? Acaso llegue
En ocasión importuna
Un tercero, y con fiereza
Las dos navajas reluzcan,
Y pida favor la niña,
Y siga, en tanto, la lucha,
Y un galán ruede en la calle
Y otro, ensangrentado, huya.
Tal vez un chico travieso
Tire una piedra con furia
Y haga al botijo un boquete
Por donde, cual fresca lluvia,
El agua á los dos amantes,
Para atemperarlos, cubra;
Ó, tal vez, cuando lo coja
Sin cuidado mano dura
En mil pedazos lo estrelle
Contra las guijas menudas.
Si no es así, cuando el frío
Con los verjeles concluya
Hallará en negro *sobrado*
Polvorosa sepultura,
Sin que lo recuerde nadie
Ni lo eche de menos nunca,
Hasta que al rodar los días,
Que invierno y verano anudan,
Vuelva á salir á la escena
De mi mansión andaluza

Y en el cristal de la fuente,
Que al beso del sol deslumbra,
Lo lave aquella morena
En cuyos ojos se juntan
La noche, porque son negros,
Y el claro sol, porque ofuscan.

LA FERIA DE SEVILLA

Á LA SRA. MARQUESA DE ANGULO

Sevilla, en la llanura que el Betis fértil riega,
Cercada por umbrías donde apacible juega
Un aura perfumada por rosas y azahar,
Es cual visión fantástica que, libre de celajes,
Ofrece á nuestros ojos los mágicos paisajes
Con que soñó, en sus fiebres, el mísero Alhamar.

Levanta sus cortijos sobre la verde alfombra
Donde susurra el agua bajo la fresca sombra
Que la nudosa parra se esfuerza por tejer;
Cultiva los olivos en el extenso llano,
Rompe la rica tierra donde germina el grano,
Y es productora y bella y rica por doquier.

Al pie de la Giralda agrupa sus mansiones;
En sus revueltas calles, antiguas tradiciones
Hablan de encantamentos, de hazañas y de amor:
Sus patios son oasis; sus rejas son jardines
Donde, á la noche, bajan humanos querubines
Para escuchar los ayes de amante rondador.

Mirad allí su feria; gozad con su alegría.
En hervidero humano, la claridad del día
Se quiebra y descompone con trémulo lucir,
Y en confusión se mezclan relinchos de bridones,
Gritos y carcajadas, blasfemias y canciones
Que, en férvido oleaje, no cesan de latir.

Mas... ¡ya llegó el instante! En el inmenso coso
Los toros, ya encerrados, aguardan al famoso
Torero sevillano, rondeño ó cordobés...
El pueblo está impaciente; el cornetín no suena;
¡Aun no ha corrido sangre sobre la hirviente arena
Que con sus rojas tintas se empapará después!...

Ya salen las cuadrillas que lidiarán al toro...
El sol se mira y tiembla en lentejuelas de oro
Y apágase la música al grito popular...
¡La fiera está en el circo! crióse en la llanada
Hermosa de Sevilla, la vieron en Tablada,
Y el arte ó la barbarie la van á torear...

Arranca enfurecida y el picador la espera;
Cae mal herido el jaco, rebota en la barrera,
Y rómpese la vara, y rueda el picador...
Y antes de que le embista, con su extendida capa
El matador le cubre y al fiero bruto *empapa*
Y se lo lleva lejos, burlando su furor.

¡Qué aplausos! ¡qué entusiasmo! ¡qué gritos! ¡qué alegría!
Ya clavan los *rehiletes;* la fiera todavía
Conserva su coraje: escúchase el clarín,
Brinda el espada, llega al toro con bravura,
Le pasa *muy ceñido,* le aplauden con locura,
Y un volapié magnífico al toro pone fin.

Volvamos á la feria. La noche es apacible;
Sigue el rumor confuso, discorde, indescriptible
De un pueblo que se entrega sin límite al placer;
Mil lucecillas arden entre la sombra densa,
Y mil y mil deslumbran en la región inmensa:
Los ángeles, en ellas, la fiesta quieren ver.

Vocean, mientras fríen buñuelos, las gitanas;
Repican *los palillos,* se bailan sevillanas,
Se une al confuso estrépito dulcísima canción,
Y suenan cien guitarras, y juegan los muchachos,
Y se discute á un diestro, y riñen dos borrachos,
Y todo es algazara y alegre animación.

La noche, al fin vencida, se oculta en Occidente;
Voltean las campanas, reluce la corriente
Á las caricias tímidas del sol al sonreir,
Y en mástiles y en torres se mecen mil banderas,
Y puéblanse de pájaros colinas y laderas,
Y las primeras rosas se acaban de entreabir.

Los cielos se aclarecen con el suave brillo
Que reflejó en el genio gigante de Murillo
Para vivir esclavo de su inmortal pincel,
Y rejas y hermosuras, y pájaros y flores,
Y llano, y templo, y río, y notas, y colores,
Subyugan al espíritu para reinar en él.

Allá los dos esposos regresan á su aldea;
El potro que los lleva febril caracolea
Manchando con su espuma las riendas y el pretal;
La niña abraza al mozo, de quien alienta esclava,
Y el mozo la sonríe, y las espuelas clava,
Rindiendo al arrogante é indómito animal.

¡Ya se acabó la feria! Huyeron ya los días
De dulces expansiones y ardientes alegrías.
¡Vuelve á cobrar su cetro la encantadora paz!
¡Cuán pronto se concluyen las horas de ventura!
¡Cuán breve es el contento que el corazón apura!
La dicha, ¡qué mezquina! el tiempo, ¡qué fugaz!

Mas aún, tras de la reja, y entre claveles rojos
Y nítidos jazmines, divísanse dos ojos
Donde hay sombras nocturnas y claridad de sol...
¡Aún á su lado llega quien por su luz suspira,
Y en el amante grupo el pensamiento mira
La encarnación viviente del numen español!

¡Sevilla! mientras tanto que el perfumado viento
Arrulle en tus florestas con armonioso acento
Y vivan los que saben de amar y de sentir,
Tendrás de raza en raza, segura la victoria,
Por pedestal tus lauros, como dosel tu gloria
Y, como eterno alcázar, tu hermoso porvenir.

ANDALUCÍA

Jardín de perpetuas flores
Y de tropical verdura,
Alcázar de ruiseñores,
Tierra de heroica bravura
Y de sublimes amores;
Compendio de los afanes
De siete siglos de gloria,
Cuna de aquellos Titanes
Que hicieron á la Victoria
Verdugo de musulmanes;
Deja que, bajo tu cielo,
Que baña la clara luna,
Temple un instante mi duelo
Junto á la reja moruna
Del ángel de mi consuelo.
Que, mientras vivo aguardando,
El aura de tus jardines
Llega hasta mí suspirando,
Y el ambiente embalsamando
De azahares y de jazmines,

Y entre el perfume que deja,
Y entre su rumor sonoro,
Aún oigo la triste queja
De aquel desdichado moro
Que de su Alhambra se aleja.
Aún, en sus potros salvajes
Llenos de ricos rendajes,
Al aire los alquiceles,
Cruzan ante mí Gomeles,
Zegríes y Abencerrajes;
Y cuando á orillas del mar,
Absorto por su grandeza,
Dejo á mi mente volar
Tras la espléndida belleza
De la luz crepuscular,
Pienso en el Imperio aquel
Que, tras esfuerzo profundo,
Tuvo al mar por escabel
Y tuvo por trono al mundo
Y á los cielos por dosel...
¡Y viendo el claro arrebol
Palpitar sobre las olas,
Que besa y que inflama el sol,
Pienso en el pueblo español
Y en las glorias españolas!
Nadie, en la paz ni en la guerra,
Nos llega ni nos imita;
¡Mi Patria en su historia encierra,
Por voluntad infinita,
Cuanto hay de grande en la tierra!
Después de amargos dolores,
De represalias é injurias,
Soñando en tiempos mejores,
Humilla á sus invasores
Desde un picacho de Asturias;

Alza el Arte sus cantares
Y, de eco en eco, resuenan
Las estrofas populares
Que, narrando hazañas, llenan
Y electrizan los hogares;
Lucha por su Fe sagrada,
Y, al paso de sus legiones,
Cae la Media-luna hollada,
Realizándose en Granada
Sus benditas ambiciones;
Tanta grandeza la abruma,
Y, desgarrando la espuma
En que hierve el mar profundo,
Colón la conduce á un mundo
Que arranca á la espesa bruma,
Y mientras en su coraje,
Que ante tal poder se arredra,
La rinde el mar vasallaje,
Para hacer templos de encaje
Hace encaje de la piedra;
Y en todo lo que el mar baña
É ilumina el sol fecundo
En el llano y la montaña,
Basta con decir «¡España!»
Para compendiar el mundo.
Por eso, con grato anhelo,
Mientras aguardo á mi amor,
Que es mi dicha y mi consuelo,
Dejo que tienda su vuelo
Mi espíritu soñador;
Y al ver cómo, entre pizarras,
El agua murmura leve,
Y, bajo frondosas parras,
Pulsan moriscas guitarras
Manos de marfil y nieve,

¡Me siento tan altanero
Con la heroica Patria mía,
Y de tal modo la quiero,
Que si yo fuera extranjero
De envidia me moriría!...
Así cuando, á su pesar,
Descubre mi corazón
La fiera raza de Agar
Y extraña insignia ondear
Sobre robado peñón,
Con tenaz melancolía
Juzga mi espíritu ardiente
Que ya va tardando el día
En que alce otra vez la frente
La indomable Patria mía,
Y pueda á sus plantas ver,
Como en los días de ayer,
El sol eterno brillar
¡Sin peñones que vengar
Ni agarenos que vencer!
Mas ya la reja se abrió;
Ya el ángel de mis amores
Sonriente apareció
Tras ese jardín de flores
Que en sus hierros enlazó;
Ya, mientras la digo ansioso
Palabras de amor vehemente,
Canta lejos un dichoso,
Gime el viento misterioso
Y susurra la corriente,
Y en la apartada calleja
Donde vive el bien que adoro
Sólo se escucha mi queja
Cuando sus desdenes lloro
Ó de mi lado se aleja.

LAS ÁNIMAS

Á MI HERMANO LUÍS

I

Está la ermita desierta;
En sus altares humildes
No hay luces que los alumbren
Ni riquezas que se admiren.
Sólo una modesta lámpara,
De luz vacilante y triste,
Cuelga ante el pobre sagrario,
Según la liturgia exige.
Afuera, el rumor del pueblo
Vagamente se percibe,
Y tras la entornada puerta
El sol y los campos ríen.
De pronto, una hermosa niña,
En cuya faz quince Abriles
Dejaron las frescas huellas
De rosas y de jazmines,
Entra en la olvidada ermita
Y hacia un altar se dirige
Donde la sombra y el polvo
Como únicos dueños viven.
Ante él, con fervor sencillo,
Dobla su frente de virgen,

Y una oración en sus labios
Amparo y consuelo pide.
¿Por quién rogará? ¡Quién sabe!
Mas bien puede presumirse
Que, siendo joven y hermosa,
El alma no tendrá libre,
Y alma esclava de otra alma,
¿Á qué otro afecto se rinde
Sino á pedir que sus sueños
Y sus ansias se realicen?
«¡Ánimas del Purgatorio,
—Exclamó,—por Dios, oidme!
¡Le quiero con toda el alma
Y aliento porque él existe!»
Y dejando ante el retablo
En donde culto reciben
Las ánimas unas flores
Que con su dueña compiten,
Salió, y pensativa y sola
La estrecha vereda sigue,
Á cuyo término el pueblo
Entre frondas se distingue.

II

Bajo un grupo de castaños
Surge cristalina fuente,
Que entre guijarros menudos
Murmurando se retuerce;
El sol, que besa el arroyo
En que sus cristales pierde,
Se trueca en hilos de lumbre
Que las enramadas ciernen,

Y los hilos, al impulso
Del céfiro, que los mece,
Su brillo aumentan ó entibian
Entre los encajes verdes.
Á la tal fuente concurren,
Cuando el día nace y muere,
Las muchachas de la aldea
Murmuradoras y alegres,
Y también, después que todas,
Aquella niña que suele
Ir al altar de las ánimas
Conmovida y reverente.
Pone el cántaro debajo
Del caño que el agua vierte,
Y en banco rústico y húmedo
Se sienta hasta que se llene.
Pensativa y silenciosa
Juega con el agua á veces,
Y las gotas que salpican
Sobre sus brazos de nieve
Gotas frescas de rocío
Sobre jazmines parecen.
Piensa en *él*. En Juan Fernández,
Á quien *le tocó la suerte*
Y sirve al Rey en la Corte
Y, amando á la niña, muere.
La escribe, de amor henchido,
Siempre que escribirla puede,
Y ella, aguardando sus cartas,
Se impacienta y languidece.

Una tarde en que María
(Tal nombre la niña tiene)
Con extática fijeza
Mira la clara corriente,

Y su espíritu se finge
Inmensa ciudad que hierve
En alegrías y estruendos
Y en no soñados placeres,
En que no hay mujer esquiva,
Ni hogares en que se rece,
Y sí sólo amor y fiestas,
Que á Juan rodean y envuelven,
Alzó los ojos á un ruido
Que la turba y la sorprende,
Y halla un apuesto mancebo,
En fino potro ginete,
Que galante la saluda,
Baja del caballo y bebe.
—¿Está muy lejos tu pueblo?—
Pregunta el mancebo.
—Es ese,—
Dice María, y señala
Veinte casas que parecen
Bandada de blancas aves
Que al pie de una torre duermen.
—¿Tienes novio?...—
Y encendida
De rubor, pues no comprende
Cómo de aquella manera
Á interrogarla se atreven,
Sin responder alza el cántaro,
Murmura un adiós muy débil,
Y por la cañada arriba
Entre las frondas se pierde.
—¡Virtud cerril!—dijo el mozo
Al montar de nuevo.—Debe
Divertirme más que el ciervo
Á quien persigo de muerte.
No es el aire de estos campos

El aire que me conviene;
La anemia que me consume
Amor, más que hierro, quiere.
¿No soy rico? ¿No soy Grande?
¿Quién resistírseme puede?
Si esa me ha gustado, ¡á esa!:
Necesito distraerme,
Según el doctor, y ansío,
Curándome, complacerle.—
Y recogiendo el rendaje,
Dijo á su potro impaciente:
«¡*Soul,* al trote!»; y contestando
Á la idea que revuelve
En su cerebro, murmura
Convencido: «Me parece
Que ya no me aburro tanto:
¡Aún es mi amiga la suerte!»

III

En elegante despacho
Forrado de cuero obscuro,
Y donde tallados muebles
Denuncian riqueza y gusto,
Está el Marqués de Valgrande
Dormido ó meditabundo,
El codo sobre la mesa,
La mejilla sobre el puño
Y los pies sobre la alfombra
De complicados dibujos.
Está pensando en la niña
Que contestarle no pudo,
Ó no quiso, aquella tarde,

Y siente en su pecho enjuto
Arder la llama lasciva
De matadores impulsos.
La sangre heróica que un día
Le trasmitieron los suyos,
Á la vez que una fortuna
Digna de Príncipes rusos,
Corrió tanto por sus venas,
Defenderla tan mal supo,
Que al poco tiempo sintióse
Enojado y taciturno,
Sin vista á veces, á veces
Sin voz, memoria ni pulso,
Y al fin notó que la anemia
Le reclamaba tributo.
Le recetaron el hierro,
El fósforo, el aire puro,
Y fué á vivir al castillo
Que arrancó al poder moruno
El primer Valgrande, un hombre
Tan corpulento y robusto,
Que en su armadura llevaba
Más hierro labrado y junto
Que hoy, en sabios específicos,
La ciencia esparce en el mundo.
Ya hemos dicho que medita
En María, y busca rumbo
Para llegar sin tropiezos
Á empeorarse con el triunfo.
El alma del caballero
Se deleita en un confuso
Porvenir, donde le agradan
Las inocencias del vulgo
Y la honradez de una niña,
Que él juzga sabroso fruto.

¿Cómo no?... Su alma no alcanza
Más freno que el de su gusto,
Y su carácter fué siempre
Caprichoso y testarudo.
¿Qué importa causar un daño
Irreparable é injusto,
Cuando tiene el atractivo
De que es en su historia el único?

María, huérfana y sola,
Se encuentra, en tanto, sentada
Al pie de hogar anchuroso
Que alegran trémulas llamas.
Cuelga un candil moribundo
De la mugrienta campana,
Y, al ver que su luz no puede
Vencer las sombras opacas,
Vacila y chisporrotea
Y tembloroso se apaga.
Silba el aire, estremeciendo
La puerta mal encajada,
Y por el cañón obscuro,
Que el humo del hogar traga,
Finge lúgubres sollozos
De legendarios fantasmas.
Pero la niña no atiende
Más voz que la de su alma:
Su alma que, ansiando ternura,
Por anchos espacios vaga,
Cruza, envuelta en un suspiro,
Del cielo las tenues gasas,
No ve ni montes, ni mares,
Ni fatiga, ni distancia,
Y mira á su Juan, al mozo
Que dijo, al abandonarla,

Que *ella*, tan pobre y tan sola,
Era el alma de su alma...
Al verle, en muda sonrisa
Pliega sus labios de grana;
Abre los ojos, fijando
En un rincón sus miradas,
Y así, en éxtasis bendito,
Que la subyuga y la encanta,
No ve la noche que llega,
Ni oye al huracán que brama,
Ni el chascar del leño verde
Que el fuego convierte en ascua,
Ni otra cosa que una senda
Que hermosas flores esmaltan,
Y donde los ruiseñores
Anidan, y juega el aura,
Y por la cual Juan y ella,
Unidas las manos, marchan
Hacia un punto que cobijan
Patriarcales enramadas,
Y donde un sol sin ocaso
Torrentes de rayos lanza.

¿Y Juan? Á Juan en la Corte
Le toca hacer centinela,
Y, mientras en su garita
Vigila, suspira y piensa,
Tambien su alma enamorada
En otro suspiro vuela;
También con la pobre niña
En sus largas horas sueña,
Y dolorosos detalles
En su memoria despiertan.
También creció solo y triste
Sin familia ni vivienda;

Juntos jugaron de niños,
Juntos fueron á la iglesia...
Ella nació dando muerte
Á la que vida le diera;
Él, como planta sin nombre
Que sólo el acaso engendra
En el barro del arroyo
Ó en el hueco de una piedra.
Le llamaron *Juan Fernández,*
Como llamarle pudieran
Juan *sin nombre;* y él, sintiendo
Dentro de sí un alma buena,
Perdonó á los que pecaron
Para que él solo sufriera,
Y jamás tuvo en sus labios
Maldiciones ni blasfemias.
Le llamó el Rey, y, sumiso,
Prestó á su voz obediencia;
Fué soldado; llegó un día
En que, al són de la corneta,
Se reunieron en la Plaza
Los *soldados* de su aldea;
Vió que lloraban las madres,
De honda pesadumbre llenas,
Que los padres les prestaban
Consuelo con frase trémula,
Y que él sólo no tenía
Ni madre que le sintiera
Ni padre que le animase
Con varonil entereza.
¡Sólo María le amaba!
¡Quería volver, por ella!
Cuando partió se lo dijo,
Y él conoce que le espera,
Sintiendo, en ansias febriles,

La nostalgia de la vuelta.
Y así, mientras en la Corte
Está Juan de centinela,
Alma grande en barro tosco,
Vigila, suspira y sueña...

IV

—¿No me recuerdas, muchacha?
—Sí, le recuerdo, señor.
Es aquel que la otra tarde
Junto á la fuente me habló.
—¿Te asusté?
—No tengo miedo
Más que á las iras de Dios,
Y, como no las provoco,
No me producen temor.
—¡Hablas muy bien!
—Eso es burla...
—¡No lo creas!...
—¿Cómo no,
Si sólo el campo y el pueblo
Me han dado su educación?
—Me han dicho que vives sola.
—¡Desde hace mucho lo estoy!
—Que sólo el Cura, ese anciano,
Es tu antiguo protector...
—¡Verdad! ¡Bendígale el Cielo
Como le bendigo yo!
—También me han dicho que tienes
Tu novio en la guarnición
De Madrid, y, como quiero
Hacer algo en su favor,

Vine á verte por que hablemos
De tal asunto los dos.
—Es el caso...
—¿Te avergüenzas?
—¡Puede ser!...
—Ese rubor
Te hace más linda...
—Mil gracias...
—Pero, en fin, deséchalo.
Háblame como á un hermano;
Como á tu amigo mejor...
—Pues, bien, sí; Juan me idolatra
Como le idolatro yo...
Los dos somos infelices,
Somos huérfanos los dos,
Y yo sé que si él me olvida,
Á sus promesas traidor,
Me matará la tristeza
Que inunde mi corazón.
—¡Mucho le quieres!...
—Un día,
El único que me habló
De su cariño, me dijo:
«Á servir al Rey me voy,
Que debe darse á la Patria
La vida que ella nos dió:
Cuando vuelva, si Dios quiere,
Seré tu esposo ante Dios;
Y piensa en tanto, María,
Que eres mi única ilusión,
Y en que, lejos de este pueblo,
No me matará el dolor
Sabiendo que tu memoria
Y tu alma las lleno yo.»—
Atento estaba Valgrande

Oyendo esta relación,
Pensando que la elocuencia
Es la verdad y el amor;
Y aunque persiste en su empeño
De hacer una mala acción,
Pues ni respetos conoce
Ni jamás los conoció,
Algo indefinible y vago
Turba su mente y su voz.
Mas en seguida desecha
Tan romántico temor,
Y, pues le ayudan propicios
Soledad, noche, ocasión,
La inocencia de la niña,
Su ley de conquistador,
Su descreimiento de todo
Y sus nervios en tensión,
Se acerca más á María,
La habla con velada voz
De Juan, de hacerlos dichosos,
De darla cuanto soñó,
Mientras María le escucha
Con tan cándido estupor,
Que ni el brazo que la ciñe
De su éxtasis la sacó...
¡De igual modo la serpiente
Debe acercarse á una flor!...
¡Cuán poco trecho separa
La inocencia y la traición!
Un instante, y la corola,
Que aun no se ha entreabierto al sol,
Caerá marchita por siempre
En la infamia y el dolor...
Mas... ¡ah! suena una campana
Demandando una oración...

¡Las Ánimas!... Dobla el bronce
En el templo del Señor,
Y su fúnebre tañido
Dilata el viento veloz.
Alza María la frente,
Se postra con devoción,
Mira al Marqués sonriéndose,
Y exclama con dulce voz:
—Rezo siempre por las ánimas:
Son mis amigas, señor.
¿Quién sabe si habrá entre ellas
Muchas tristes, como yo,
Que no tendrán quien ahora
Las consagre una oración?—
Valgrande, fruncido el ceño,
De aquella estancia salió;
Y al cruzar la puerta rota,
Que golpea el aquilón,
Fosforescente relámpago
En la estancia penetró.

V

Pasaron dos ó tres días,
Y la infelice doncella
Echó de menos al joven
Que estuvo una noche á verla.
Recordó con qué dulzura
Se ofreció á templar sus penas,
Con qué secreta alegría
Oyó sus palabras tiernas,
Y, sin explicar la causa,
Iba siempre á dar en ellas.

Buscaba en su pensamiento
Á Juan, con ternura inmensa,
Pero inexplicable impulso
Alejaba tal idea,
Acercándole la imagen
Del Marqués, pálida y seca,
Pero con amante acento,
Con miradas que enajenan,
Y distinción que subyuga,
Y embriagadoras promesas.
¿Por qué no vendrá?... se dice
María; y siempre que piensa
Ir á la fuente adelanta
La hora de llegar á ella,
Y vuelve al pueblo más tarde,
Y anda despacio á la vuelta.
El Marqués, que no se entona
Con el aire de la sierra,
También de la pobre niña
Con intenso afán se acuerda.
¿Por qué sería tan necio
Que, en aquella noche, al verla
Rezar, sintió que á su alma
Llegó, por la vez primera,
Algo que, remordimiento,
Dolor, respeto ó vergüenza,
Le hizo dejar la victoria
En el punto de obtenerla?
¿Será también un estúpido
De los que, creyendo, rezan?
¿Sospechará que hay virtudes
Y que hay constancia en las hembras?
¡Nó, mil veces! Él, un sabio
En tan profundas materias,
Volverá á sitiar la plaza,

Y en sus muros hará brecha,
Bien por la astucia y el oro,
Bien por la lucha y la fuerza...
La noche, de los delitos
Amiga y cómplice eterna,
Le ofrece su obscuro manto
Bordado de nubes negras.
Ya se resolvió. La casa
De la muchacha está cerca;
Dejará que den las Ánimas
En la torre de la iglesia,
Y luego... luego... ¡es tan fácil
Abrir la insegura puerta,
Y hallar á una niña sola,
Y dominarla, y vencerla!...
¡Ya sale!... El viento rebrama
Con presagios de tormenta,
Y el bronce del campanario
Entre sus bramidos suena.
Ahora, se dice Valgrande,
Estará postrada en tierra
Rezando por los que aguardan,
Según vetustas consejas,
Ver á Dios... Yo voy á verle,
Sin ser un ánima, al verla.
Y apresurando los pasos,
Que en la triste calle suenan,
Valgrande va tras un triunfo
Que juzga cosa resuelta.

VI

La casucha de María
Está sita en una calle

Empinada y tortuosa,
Llena de polvo y de baches.
De vez en cuando, unas piedras
Recuerdan al caminante
Que es todo un puro tropiezo
Camino que no anda nadie,
Y que, por la misma causa,
No se cuidan de cuidarle.
La noche de esta leyenda
Es fría y desagradable;
No hay estrellas temblorosas,
No hay aura tibia y suave,
Pero hay nubarrones negros,
Y es frío y pesado el aire.
Nada le importa ese cuadro
Al atrevido Valgrande;
Se emboza en airosa capa
Y desafía huracanes,
Por más que azotan sus pliegues
Y el embozo le deshacen.
Divisa cerca la casa
De María; no ve á nadie
En sus contornos, se acerca,
Y... ¡oh prodigio inexplicable!
Como por blanca neblina
Se mira envuelto al instante.
Lleva una mano á los ojos,
Restriégalos con coraje,
Y se encuentra rodeado
De unos, á modo de frailes,
Que en revuelto torbellino
Llegan, vuelven, entran, salen,
Rezan, cantan ó sollozan
Sin mirarlo ni tocarle.
Lleva cada cual un cirio

De luz triste y oscilante,
Y á sus plantas hay destellos
Como de incendio espantable;
Si acaso se ve algún rostro,
Hay en él huellas de afanes
Sin conseguir, y esplendores
De esperanzas celestiales;
Sus labios, siempre entreabiertos,
Dejan trémulo escaparse
Un suspiro, que parece
De todo un Cielo el rescate,
Y, á veces, como apagando
Cuantas penas les asalten,
Fresco y piadoso rocío
Sobre aquellas sombras cae.
—¿Quiénes sois?—dice angustiado,
Pero aun soberbio, Valgrande,
Y sólo á su voz contestan,
El rumor acentuándose,
El viento que ruge y silba
Y su corazón que late.
—Aún estoy débil,—murmura;—
Pasará cuando descanse;—
Y avanza á la puerta rota,
Que acaso su dicha guarde.
Abierta está; mas doquiera
Aquellos fantasmas salen
Á su encuentro. ¿Qué sucede?
Allí está dormido el ángel
Que anhela hundir en el cieno
De sus instintos brutales.
Duerme, y sonrisa apacible
Ilumina su semblante;
Su cabello, en negros rizos,
De su sien cándida es margen

Y, en largos bucles, el seno
Cubre con su fino encaje.
¡Qué hermosa está! Pero, ¿ha muerto?
Aquellas gentes ¿qué hacen?
¡Maldición! Ellas destruyen
Con su presencia sus planes.
—¿Quiénes sois?—á decir torna,
Ya tembloroso, Valgrande,
Y vuelve á salvar la puerta,
Y vuelve á cruzar la calle,
Y antes de doblar la esquina
Mira hacia atrás, pero en balde,
Que está todo solitario
Y todo entre sombras yace.
Queda un punto pensativo,
Y, como rumor suave,
Oye la voz de María,
Que le dice sin turbarse:
—Rezo siempre por las ánimas;
Son mis amigas; ¿quién sabe
Si habrá muchas que no tengan
Quien un rezo las consagre?—
Y nuevamente en su capa
De anchos pliegues embozándose,
Recordó otra voz dulcísima,
Á ninguna comparable,
Que le habla de ser cristiano
Y bueno: ¡la de su madre!
Y regresando al castillo
Que abandonó poco antes,
Por vez primera, tras muchos
Años de no persignarse,
Sobre su pálida frente
Hizo, conmovido y grave,
La señal que en ella hacía

Aquella mujer amante
Que, sin duda, desde el Cielo
Suplica á Dios que le ampare.

VII

Mano con mano, llevando
Toda el alma en las pupilas,
Él sonriente de gozo,
Ella ruborosa y tímida,
Por la frondosa cañada
Avanzan Juan y María.
Pocos amigos les siguen,
Mas les basta con su dicha,
Que ya, entre verdes ramajes,
Se ve la cruz de la ermita.
Cantan alegres los pájaros,
Susurra el aura en la umbría,
El claro arroyo entre el césped
Sus vivas ondas desriza,
Y vocean los chicuelos,
Y el santo bronce repica,
Y Juan se muere de gozo,
Y de ventura la niña.
Allí, en el altar sagrado,
Con santo fervor se inclinan;
La bendición de los Cielos
Les une mientras existan.
Los mozos ven el enlace
Con maliciosa sonrisa,
Entre suspiros los viejos
Y las mozas con envidia.
Ya están casados. Dos almas

Gemelas están unidas.
Van á salir, mas la novia
Vuelve anhelosa la vista,
Y hacia el altar de las ánimas
Dirige la comitiva.
En la puerta se aparece
Valgrande, la escena mira,
Y entra con recogimiento
Y hacia el altar se encamina,
Oyendo á la nueva esposa
Exclamar con voz dulcísima:
—Aquí, Juan, todas las tardes
Á rogar por tí venía;
Mira las últimas flores
Que trajo mi fe sencilla;
Las ánimas te ampararon;
Ruégalas que nos asistan.—
Fijóse Valgrande entonces,
Y al conocer á María
Miró al retablo, ahogó un grito,
Y se postró de rodillas;
Que un rayo del sol naciente
Fué á posar su lumbre tibia
Sobre las toscas imágenes
De las ánimas benditas;
Y al jugar en aquel rayo,
Que amante las ilumina,
Esos átomos del aire
Que la luz descubre y pinta,
Vió Valgrande los fantasmas
Que cercaban á su víctima
Cuando acechaba victorias
De un honrado pecho indignas.

Hoy Valgrande se repone

De su dolencia, y medita;
Y cuando llega á la fuente,
Rumorosa y cristalina,
Bebe, piensa en lo pasado,
Saluda afable á María,
Y cuando en la pobre iglesia
Las roncas campanas vibran
Pidiendo para las ánimas
Una oración, se santigua,
Alza los ojos al Cielo,
Y murmura: «¡Madre mía!»

Jerez de la Frontera, Abril de 1890.



IMPRIMIÉRONSE ESTAS POESÍAS
á expensas del Excmo. Sr. D. Manuel Pérez de Guzmán y Boza, Marqués de Jerez de los Caballeros, en la ciudad de Sevilla, en la Oficina tipográfica de Enrique Rasco, Bustos Tavera 1. Acabáronse en Jueves 19 días del mes de Agosto del año de 1897.



ÍNDICE